

TRÁS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



FRANCESCA BERTINI

CUADERNO Nº 1

TERCERA EDICIÓN

35 CTS.

Los hechos hablan por nosotros

En el prólogo de nuestro primer cuaderno, decíamos que el tiempo se encargaría en ir hablando de nuestros propósitos.

Significa esto que no queríamos hacer promesas, de las que ya y con razón todo el mundo duda, y que preferíamos dejar al convencimiento del público la apreciación de la verdad que palpita en nuestra labor, inspirada en un sólo afán: dar a conocer en todos sus detalles las particularidades de la vida artística y de la vida íntima de las primeras figuras de la pantalla, sin engañar nunca y valiéndonos únicamente del caudal de datos de nuestro archivo.

Efectivamente y para acrecentar nuestro entusiasmo, los aficionados por el cine y sus estrellas han sabido apreciar la lealtad de nuestro empeño y el tesón de nuestros esfuerzos antimerchantilistas.

Llevamos con esta la TERCERA EDICIÓN del cuaderno de la Bertini y son varias las SEGUNDAS EDICIONES tiradas de cuadernos de otros artistas y las SEGUNDAS Y TERCERAS que preparamos para atender a las demandas cada día mayores que nos llegan de continuo, solicitando números agotados.

Esta verdad junto con la otra que representa la importancia de nuestros tirajes, aumentados de semana a semana, nos relevan de hablar del éxito obtenido, que si nos orgullece mucho, no es menos lo que nos estimula.

Prometemos por este creciente favor que se nos dispensa, seguir siempre sin apartarnos de la línea de conducta trazada y repetimos nuestro reconocimiento a cuantos han sabido apreciar el alto ideal de nuestra empresa y el sacrificio que representa llevarla adelante.

Gracias a todos.

LA DIRECCIÓN

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MADRID

FRANCESCA BERTINI

POR

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA

(TERCERA EDICIÓN)

EL MILAGRO DE NUES-
: : TRA CONVERSIÓN : :



ASTA hace algún tiempo, tres años sobre poco más o menos — el cronometismo en los recuerdos ni en las fechas, no ha sido nunca nuestra virtud — nosotros sentíamos por el cine un desdén olímpico.

Las pocas veces que el aburrimiento o el azar nos había llevado de un modo maquinal, casi inconsciente, en el que nuestra voluntad no jugaba para nada, a un salón de proyecciones, habíamos salido de un modo invariable antes de terminar el espectáculo, y habíamos sacado en consecuencia lo que el negro del sermón.

La chocarrería de las cintas cómicas no nos hacía reír — los primates de la risa o no se habían revelado aún o cuando nos sentábamos frente al lienzo, como era tan pocas veces y tan sin elección de sitio ni motivo, no figuraban en el programa.

Las otras cintas con pretendidos ribetes de dramatismo, lánguidas y soporíferas hasta la modorra, se deslizaban lentas e inacabables, sin un destello de verdadera pasión que hiciera vibrar nuestros nervios en letargo.

Y la truculencia disparatada de las series sensacionales que estaban en la desorientación torpe de los primeros balbuceos y que distaban todo el tiempo que ha pasado desde entonces para llegar al perfeccionamiento con que culminan en la actualidad, no llegaba más lejos que a producirnos una leve sonrisa ante la falsedad manifiesta de los peligros imaginarios y de los trucos inocentes que nos mostraban a un hombre haciendo piruetas sobre un mentido precipicio, bajo el que se adivinaba la muelle alfombra de los estudios, o el terrible choque de los fantásticos trenes de cartón y hoja de lata.

La verdad sea dicha siempre y por encima de todo. Y la verdad de aquellas fechas es que el cine no nos había ofrecido aun ningún motivo de interés, con todo y tener la seguridad de que habría de llegar a donde ha llegado y a donde aun ha de llegar todavía en el impulso gigantesco de su avance arrollador.

Quien primero nos convenció de que los artistas desde el lienzo, tanto o más que desde el escenario, pueden derrochar tesoros de emoción y de arte y adentrarse en nuestra sensibilidad con vibraciones de pasión, fué Francesca Bertini.

Como la mayoría de las veces, obligados por un amigo entusiasta y sin asuntos de mayor monta a que consagrar el tiempo, cedimos a pasar unas horas viendo películas.

Una de ellas era *El Proceso Clemenceau*. La obra episódica de Dumas, hijo, estaba admirablemente llevada a la pantalla. La emoción de sus páginas había sido recogida en el celuloide con fidelidad maravillosa. La presentación no podía ser más espléndida; la fotografía precisa y nítida daba la justa sensación del relieve en el efecto de las perspectivas aéreas; Gustavo Serena, el pulido aristócrata actor tan preferido entre los de Italia, se mostraba sobrio, atinadísimo, dominador de la escena en todo momento; los demás le secundaban en un armónico conjunto de valores relativos; todo y todos estaban bien, más que bien, asociándose en el mérito general e indiscutible de la producción magnífica. Pero de todo y de todos destacaba con la eminencia genial de su arte supremo, glorioso, Francesca Bertini, la exquisita.

Desde aquella noche, primera de nuestra vida en que nos convencimos frente a un argumento y una artista sublime de que la cinematografía es de una grandiosidad bastante a que dentro de ella desenvuelva el genio el portento de sus creaciones, somos más que aficionados, más que defensores, más que entusiastas, unos cordiales devotos.

Nuestro descreimiento indiferente de ateos por la fuerza de las circunstancias, se rindió por obra y gracia de la Casualidad al re-

conocimiento de la verdad en lo que tiene de inmenso el nuevo arte del Teatro Mudo.

Y porque fué Francesca Bertini la que hizo el milagro de convertirnos, y porque ella es entre todas las demás que luego han sido, la estrella de prestigios más antiguos, es por lo que queremos abrir y abrimos con ella esta Galería, en un rendido homenaje de agradecimiento y de admiración.

LA NIÑEZ DE LA ARTISTA

: : : : GENTIL : : : :

Hace treinta y dos años nació en Roma, la ciudad inmortal, Francesca Bertini. No eran ricos ni pobres sus padres; vivían una tranquila vida con los rendimientos de un comercio que el padre regentaba y aun quedábales lo bastante para ir guardando, con la bondadosa y tierna esperanza de «cuando la hija fuese mayor».

Pero la hija iba siendo mayor, su niñez mimada florecía ya en una juventud de encantadoras lozanías y las travesuras alocadas de la rapaza empezaron a encenderse en rebeldías para la vida burguesa, sin horizontes ni emociones, de las muchachitas de su clase y condición.

Esperar un novio que fuese «un buen partido», si llegaba pronto, y bueno o malo si llegaba tarde; salir una mañana de sol de la iglesia convertida en la esposa de un abogado, un militar o un comerciante; tener hijos, educarlos, encanecer en la quietud de un hogar cómodo, siempre el mismo, y cerrar los ojos a la vida cuando la hija mayor, casada también con otro abogado, otro militar u otro comerciante, le hubiese dado el primer nieto, no eran aspiraciones que llenasen la desbaratada ambición, las ansias sin freno, de la Bertini.

Como siempre, la madre le echaba la culpa de todo a los malditos librotos que le tenían a la chica sorbido el seso. Nada de lecturas, ni nada de teatros — las dos grandes aficiones de la iluminada — determinaron un día para poner remedio al mal de aquellas inquietudes que tenían raíces más hondas. Y sin embargo, Francesca seguía leyendo, leyendo mucho, todo lo que podía a hurtadillas, robándole horas al sueño, y visitando los teatros en frecuentes escapadas.

¡Ah el encanto brujo de los teatros con el estruendo de las ovaciones frenéticas a aquellas mujeres tan artistas y tan lindas que sonreían a todos, bajo una lluvia de flores, haciendo graciosas reverencias de minué detrás de las candilejas!

Y un día...

FRANCESCA BERTINI ES-
TRELLA DE VARIETÉS :

En Francesca Bertini hay una voluntad , ese raro tesoro casi mágico que consigue todos los triunfos. Los que dudan, los que titubean, los que no son capaces de dejarse llevar por las grandes resoluciones, no llegarán nunca a la Gloria.

La artista italiana se dejó llevar de su resolución con la firmeza de los elegidos.

— He pensado dedicarme al teatro.

Un cañonazo dentro de la casa no hubiera atronado tanto los oídos de los pobres viejos como la fatal noticia.

¡El teatro! El teatro! Y los padres escandalizados se llevaron las manos a la cabeza poseídos de un terror supersticioso.

El resto de la familia también se escandalizó. Hay muchas gentes todavía que tienen del teatro y de sus figuras un deplorable concepto equivocado.

No era posible; había que oponerse por todos los medios... pero sí fué posible, y todos los medios fracasaron porque quiso la hija resuelta, que tenía por entonces quince años espléndidos y animosos.

En los escenarios de varietés apareció con clamores de triunfo una nueva estrella, que decía frívolas canciones, con un sentimiento muy nuevo, muy tocado de melancolía, y que era delicada, gentil y quebradiza como una espiga de dorado trigo.

Sus ojos abismáticos de extrañas irisaciones tenían una tristeza infinita que contrastaba con la alegría loca y ruidosa, — alegría de luz, de amor y de vino — de las salas de los conciertos. Su belleza pálida era de un encanto irresistible, la suprema elegancia de sus ademanes llevaba a los music-halls el prestigio de refinamientos principescos.

Venció a todas las demás en los éxitos ruidosos de su brillante y rápida carrera artística y haciéndose mujer, más mujer, mujer del todo, aquellas líneas iniciadas de su juventud, fueron definiéndose en la plenitud de otras líneas estatuarias como trazadas por Fidias.

En sus ojos, que palpitaba el misterio, seguía habiendo la misma tristeza. En su cara la misma palidez.

Toda Italia — la Italia galante, la Italia del gran mundo, la Italia sentimental — se le rindió en una admirable pleitesía de agasajos. Y fueron para ella en rendidos obsequios las joyas más costosas, se celebraron en su honor, al amparo y bajo la fama de su nombre, las fiestas más brillantes y de más resplandecientes lujos, y para ella también los poetas, un día y otro día, escribieron estrofas de encendidos lirismos que era un canto de exaltadas inspiraciones para la Diosa gentil.



Jarefa

Francesca Bertini en *La Condesa Sara*

Caricatura de Jarefa

**UNA NOCHE DE BENEFICIO :: DEL TEATRO A LA
: : : : PANTALLA : : : :**

Entre los admiradores y amigos de «la estrella» lo era y sigue siendo de más intimidad el Cav. Barattolo, opulento cinematografista, fundador de la marca «César Film» de Roma.

La Bertini había celebrado su beneficio. No cabían aquella noche más flores ni más regalos en el camerino coquetón y perfumado de la artista. Ella estaba muy emocionada y cansadísima. Los amigos después de anonadarla con la catarata de sus puerilidades vacías, de señoritos bien, se habían ido marchando uno a uno disparándole todos al salir, desde la puerta, el último elogio vulgar.

— Ha estado usted inimitable.

— Es usted la cantante más bonita.

— Jamás he visto un beneficio como el de esta noche.

— ¡Colosal!

Por fin quedaron solos Barattolo y la Bertini. El primero insistió en sus súplicas de que se brindase a filmar una película. El arte del teatro mudo, encajaba mejor en el temperamento de la excelsa, no cabía dudar que también en el cine le abriría la Gloria, de par en par, sus puertas. Sólo era cuestión de decidirse...

La Bertini se decidió. Harían una prueba. La prueba se hizo y la estrella de varietés quedó consagrada la gran trágica italiana en obras tan definitivas como *El Proceso Clemenceau*, *Frou-Frou*, proyectada al mismo tiempo que la misma de una casa americana con Alice Brady, *La pequeña fuente*, nueva modalidad del arte vario de esta mujer extraordinaria, *Tosca*, *Los pecados capitales*, *Hipnotismo* y tantas más que como las otras y por más recientes están y seguirán estando en la memoria de todos.

Como detalle que confirma el relieve que adquieren en el lienzo las creaciones de esta actriz, merece apuntarse una expresiva carta dirigida por la Marquesa Jenoveva Sardou de Flevey, a la «César Film» con motivo del estreno de *Tosca*.

Dice así:

«Agradezco a usted mucho la bondad que ha tenido de enseñarme, antes de pasarla en público, la incomparable película *Tosca*, que he hallado tan viva, tan emocionante y trágica, como salió de la pluma de mi padre.

»Ruégole transmita mis felicitaciones más cordiales a todos los artistas y en particular a Francesca Bertini que ha prestado a Floria Tosca todo su talento y hermosura y que se ha afirmado una vez más con este motivo como soberana de la expresión y del gesto.»

Efectivamente, el temperamento de la Bertini, encaja mejor en el recogimiento íntimo y callado de la pantalla, que en el estruendo de los teatros de varietés.



LOS AMERICANOS DEL
NORTE QUISIERON LLE-
VARSE A LA ACTRIZ
: : : : ITALIANA : : : :

Quisieron llevársela, pero no lo consiguieron.

Por esta vez fracasaron los intentos de los norteamericanos para lograr que la gran artista italiana se decidiera a cruzar el Atlántico.

La Bertini estuvo a punto de embarcar con rumbo a los Estados Unidos para impresionar allí algunas películas. El dinero lo puede todo, y los yanquis, cuando se proponen una cosa, no se miran en millar de dólares más o menos. Para ellos el objeto es lo esencial. Las cifras sólo tienen un valor relativo.

El director de una de las principales marcas de América del Norte, se presentó un día en Roma con objeto de admirar las bellezas de la ciudad de los césares y contratar de paso a la eminente trágica.

Las negociaciones fueron muy laboriosas. La artista no cedía.

El director, seguro, iba aumentando ceros a la derecha de su proposición.

Cuando la cantidad era realmente fabulosa, la artista cedió en principio.

— Iré. Mañana firmaremos el contrato.

El director de la casa americana estaba radiante de satisfacción. La Bertini, al fin, iba a impresionar unas cintas para su marca.

Bonito negocio.

* * *

Barattolo, el director de la «César Film», tuvo noticia de las gestiones del americano.

El viaje de la famosa actriz suponía un perjuicio grande para la «César» y para el arte italiano. Había que evitarlo a toda costa.

La noche anterior a la mañana en que el contrato iba a firmarse, Barattolo fué a visitar a la Bertini

— ¿Es cierto que ha aceptado un contrato para Norte-América?

— Sí.

— ¿Lo ha firmado?

— Aun no.

— ¿Cuánto le ofrecen?

— Un millón de dólares.

— ¿Se quedaría en Roma por el mismo dinero?

La artista resolvió rápidamente.

— Sí.

— Pues maña firmaremos el contrato. Nosotros pagamos a usted igual que quien más la pague.

* * *

Al otro día el director americano marchaba a su país. Las bellezas de la ciudad de las gloriosas ruinas eran magníficas. Pero la Bertini se quedaba en Italia.

La Bertini se quedó trabajando en una serie de películas llamadas «Bertini-Film», y dándonos ocasión de ver que si los yanquis prodigan el dinero, los italianos tampoco lo escatiman, y que Francesca Bertini, seguirá en Roma, con honorarios iguales a los de la estrella cinematográfica que más cobre, y poniendo toda su belleza, todo su arte y toda su alma, a la mayor gloria de la cinematografía de su patria.

EL ARTE DE LA BERTINI
DEFINIDO POR ELLA
: : : : MISMA : : : :

Para hablar del arte de Francesca Bertini, hemos preferido que lo haga ella misma, reproduciendo aquí los principales párrafos de una declaración que publicó no hace mucho y que tienen, por consiguiente, el mérito de una confesión.

«Se me dirá—escribe—que el cinematógrafo tiene en sí, como defecto de origen, el inconveniente de estar condenado al silencio; que sólo puede vivir una vida material y tangible. Y yo responderé que, en efecto, la naturaleza es muda, el paisaje calla; pero tienen sus silencios tan augusta elocuencia, que han conmovido y exaltado, y exaltarán y conmoverán aún a la humanidad por los siglos en término. Y si el teatro tiene sobre el cinematógrafo la enorme ventaja de llevar a la ficción de la vida la representación verbal, el grito del dolor, el arrullo de la pasión, el rugido del odio, la voz de la maternidad acariciante; el cinematógrafo, en cambio, tiene sobre el arte teatral la superioridad indiscutible de ser la vida misma, fuera del cartón pintado, de lo ficticio y convencional del palco escénico, ya que es solo arte que tiene por fondo el cielo, y por escenario, el mundo vivo y palpitante, con rumores de fronda y oro de sol. El cinematógrafo es como la obra escrita, un arte sin voz, una vida sin canciones, pero un arte de pura vida en el que «el hecho, el suceso», hablan en su conmovedor mutismo, sufren, odian, aman...

«Mas, esta es una cuestión en la que tiene gran importancia la influencia del medio. No se puede ser actor o actriz en cinematografía por instinto, por vocación; como es erróneo creer que basta ser gran actriz de teatro para poder ser actriz cinematográfica.



PROTECTOR
PALM
UNION

M.F. Acc. 2036 rtini en *La Sierpe*





Francesca Bertini en *Ira*



Francesca Bertini en *La Sierpe*

El arte del gesto es un arte largo y difícil, de tenacidad y de esfuerzo, de paciencia y de tentativas; no de improvisación. El alma cinematográfica no se crea repentinamente, se modela poco a poco. Yo misma, que llevo ya sobre mis hombros muchos años de representaciones y de labor constante, yo misma no estoy nunca segura de mí; desconfío, y por eso ensayo y reensayo, en estudio incesante. Porque la misión de la actriz de cinematógrafo es más compleja y más áspera de lo que pudiera creerse. Confiar a una mano que se agita, a una línea del rostro que se contrae, a una mirada de los ojos que se tornan sombríos, la gigantesca empresa de conmover, de emocionar, de arrastrar a una sensación determinada a cientos de públicos diversos, sin que la palabra subraye la tristeza, defina la pasión, proclame el odio; hacer pasar, en fin, el alma propia al alma del espectador por la senda de la luz de los ojos, a través de la muralla de hielo de una boca cerrada, es misión que requiere no sólo el talento, sino el esfuerzo tenacísimo de la actriz. Se necesita que todos los latidos de los párpados, todas las contracciones de los dedos, todos los fruncimientos de la frente, sean medidos, estudiados, compuestos en perfecta armonía con las emociones que se aspira a crear, con las impresiones a que se intenta dar vida. Es un arte éste, hecho de gradaciones infinitas, de detalles levísimos y, sobre todo, de diversidad. Precisa mudarse, cambiar siempre, estar en constante renovación. Como un dolor no es nunca semejante a otro dolor, como una alegría no se parece a ninguna otra alegría, así una expresión alegre o un rictus doloroso, no pueden equivaler, o otra máscara dolorosa o alegre. Y por esto el drama, más quizá que en la escena teatral, debe estar antes que nada en el alma del artista. Debe oprimirse el corazón, golpear la sangre en las arterias, alterarse el pulso; la actriz ha de sufrir, ha de tener espasmos de congoja, ha de estar materializada y poseída por el dolor, para poder luego darle acabada y perfecta expresión plástica. Todos sus nervios deben vibrar, y latir sus sienes, y llorar sus ojos; todo su gesto ha de ser el ímpetu de una carne torturada que se rebela, en una vida que crea la propia vida, contra un dolor que juzga el propio dolor.

»He aquí por qué las verdaderas actrices de cinematógrafo, aquellas que dan a este arte parte de sí mismas, las que lo aman, como lo amo yo, más que a su propia existencia, hallan tan escabrosa la actuación del protagonista. Porque es indispensable, mucho más que en teatro, que ellas sientan el drama, que está en su temperamento y en su psiquis, que corresponda a sus íntimas fibras, y que un momento dado, encendida la chispa, se conmueva todo su ser, y su alma sufra y palpite de emoción. Cuando este contacto no se establece; cuando el sentimiento del autor no penetra en el fondo del alma de la actriz, y no la excita, el resultado, no obstante todos los esfuerzos, es glacial, infecundo,

estéril. Yo, por ejemplo, tengo un temperamento absolutamente sentimental; y por lo tanto, nunca podré representar con propiedad una trama que no sea netamente pasional y en que mi psicología se encuentre sin ambiente propicio. Tal vez acertaré en una interpretación alegre, cómica, mas no sería en este caso mi labor la expresión de mí misma, proyectada sobre la pantalla, sino el producto de muchos años de teatralismo cinematográfico, que el público podría traducir por sinceridad.»

: : Y SIN EMBARGO... : :

Es indiscutible que Francesca Bertini es la creadora de un arte personalísimo, de un modo de hacer en el que se juntan a un tiempo mismo todos los matices de la expresión y toda la suntuosidad de la figura en un perenne cuidado de la línea—ninguna como ella sabe el secreto de «estar siempre bien colocada»—como también es indiscutible que resulta, asimismo, inspiradora de un estilo que siendo suyo y sólo suyo, ha llegado a encarnar por extensión, el concepto artístico de toda la cinematografía italiana.

Sin embargo, Francesca Bertini es entre todas las artistas de su altura la única que no ha universalizado sus prestigios.

Las estrellas, fuera de la Bertini, que lo son de un sitio, de un país, lo son de todos los demás, del mundo entero.

Esta de que nos ocupamos no. Los públicos que se han rendido a su admiración lo han hecho con tal convencimiento, de manera tan profunda, que son suyos para siempre con una cordialidad definitiva.

En las admiraciones para la trágica de las sublimes genialidades no hay términos medios,—sus entusiastas llegan al arrebatado en la discusión y la ensalzan con frenesí de idolatría.

Pero hay un público en el que no ha entrado el arte de la Bertini. Este público es todo el de América. Con respecto a los americanos del norte, nos explicamos el hecho por razones de antagonismo temperamental. Con relación a la América latina las causas han de ser otras forzosamente, toda vez que su espiritualidad y la nuestra son gemelas por naturaleza y positiva la afinidad ideológica entre ellos y nosotros.

Lo que sucede es que los americanos del Centro y Sud están educados cinematográficamente, por los Estados Unidos, que ellos iniciaron sus gustos y preferencias con sus propias películas y llegaron a ser, fueron y siguen siendo, como los primeros principales y casi únicos cultivadores de aquellos mercados, tan descuidados por las demás naciones productoras de cintas, los que imponen un criterio que se basa de modo exclusivo en la índole

y tendencias de su particularísimo concepto del arte de la pantalla.

Aquí está todo. Una pereza espiritual en nuestros hermanos de allende el Atlántico les priva del análisis comparativo que lleva a la depuración entre las esencias artísticas de Yanquilandia y las de la Bertini, que como ya hemos dicho representan por antonomasia el arte italiano. Prefieren el arte rápido, eléctrico, con una veloz sucesión de motivos, que caracteriza a la producción norteamericana, al otro arte más depurado—no queremos decir más exquisito, porque ambos bajo sus respectivos aspectos son igualmente grandes—más lento, emoción y visión a un tiempo mismo, que cristaliza en las películas de Italia.

Y entre tanto, como cada uno con su gusto va bien servido, nos limitamos a apuntar el hecho extraño y las causas de que, a nuestro entender, se deriva, consignando que esta realidad no puede desvirtuarse por que los yanquis quisieran contratar a Max Linder—en los rendimientos del negocio, que no en la aceptación de un arte que no sienten; y que menos representa lo dicho un ápice de merma en la gloria de la ilustre actriz que ha sabido llevar al lienzo, palpitaciones de vida y de dolor, hermanadas con destellos de Arte y de Belleza.



**LA Suntuosidad en la
Escena y la sencillez
: en la vida íntima :**

Esta exaltación del Arte y de la Belleza en el alma de la Bertini—ella bien sabe que el arte es gran señor y no gusta de miserias—es la que lleva hasta el derroche para presentarse y presentar sus películas.

Antes de empezarlas dedica las horas de varios días al estudio de los personajes y, principalmente, al de la protagonista, hasta lograr adentrarse en su psicología y sentir sus angustias, sus pasiones, sus alegrías y sus amarguras. Luego estudia el ambiente, las decoraciones y los fondos.

Estos son siempre de un refinado gusto. Aquéllas, además, de un refinado gusto, de una suntuosidad y de un lujo principescos en los que resplandecen el minucioso cuidado de todos los detalles.

Y por último los trajes. Para cada momento, para cada situación, el traje adecuado. En alguna película—recórdad el «Proceso Clemenceau»—ha llegado a lucir hasta cuarenta toaletas diferentes, todas espléndidas y cada una de las cuales representaba un dineral.

Se calcula que sólo en esta cinta gastó entre trajes y pieles cincuenta mil liras.

En las películas que lleva producidas hasta ahora pasan de los dos millones lo que ha gastado, y sus joyas, entre las que hay muchas de méritos históricos, están valoradas en cerca de tres millones de liras.

Además distingue a la Bertini otra particularidad. Es la siguiente: para cada metro de película en que la vemos se han desperdiciado lo menos diez. Esto significa un gasto fabuloso, al que se acomodan de buen grado las casas para las cuales ha trabajado y trabaja.

Se impresiona una escena después de varios ensayos; una vez impresionada se le enseña a la artista genial. Ella va ordenando lo que hay que cortar definitivamente, lo que hay que suprimir, y lo que necesita repetirse, hasta llegar con lo aceptado en firme, a la perfección absoluta y, de esta manera, cuando las cintas llegan al público, son verdaderos modelos de pulcritud en los que no se encuentra sino esa regia esplendidez que es como marco de oro para el arte soberbio de las escenas.

Y a pesar de esto, en la vida íntima, la Bertini adora la sencillez y detesta el fausto sobre todas las cosas. En la calle y en la casa puede confundirse con aquella buena burguesita modosa que hubiera sido, si un buen día de inspiraciones no se hubiera resuelto a marchar por los deslumbrantes caminos de luz que la han llevado a la consagración.

LO QUE DICE COLOMBINE
DE SU ADMIRADA AMIGA,
EN UNAS LINEAS COR-
::::: DIALES :::::

Colombine, la fértil escritora, muy amiga de la Bertini, nos habla de ella, como artista y como mujer en un artículo que está escrito cuando en pleno hervor de la guerra, la actriz generosa prodigaba a manos llenas su dinero y regalaba su arte para llevar un poco de consuelo y de alivio a los que sufrían.

* * *

«¿Quién es esta mujer, cuya figura es ya una obsesión de nuestros ojos?

Es más que una mujer una encarnación del dolor de su época, porque siempre el mito y la leyenda encarnaron el dolor en figuras

Moner



Francesca Bertini en *La Princesa Jorge*

Dibujo de Moner

de mujer. La Bertini es una mujer que sufre mucho, que sufre con exceso, que se cae bajo el peso del sufrimiento. Se nos hace más conmovedora porque sufre con un rostro tan delicado, tan suave, de tan puro perfil dramático, que el dolor se ceba en su belleza y escoge como un panal el fondo de las ojeras, la nostálgica condición de los ojos, la redondez blanca y pulida de la frente; la nariz recortada, nariz llorona, nariz resbaladiza para las lágrimas—nariz que hace más tierno el dolor—y la boca caída con juventud, caída con gracia, no porque haya en ella nada descompuesto, sino porque requiere ese rictus su dolor. Su barbilla, esa barbilla que parece que está haciendo pucheritos de mimo, da un aspecto más sentimental al rostro y hay en ella un hoyuelo sensible y enternecedor.

Verdaderamente, el rostro de la Bertini sabe revelar el dolor más distinguido, de más puros rasgos, y, contemplándolo, se piensa con miedo en la voluptuosidad de las multitudes al verla sufrir como deshaciéndose bajo una caricia áspera que la besa atormentándola y se goza extasiándose de verla desfallecer hacia atrás, más bella en esas perezosas y lánguidas expresiones del dolor, para las que ella se hermosea tanto y busca los trajes negros, que sientan bien a su figura doliente, y para los que agudiza sus descotes; como si sus descotes hicieran más seductor el sufrimiento.

La Bertini, enervada por el dolor, es de una belleza que se comprende que embriague a las multitudes. Se desea que resucite y vuelva a morir y que vuelva a resucitar. Es la mujer irresistible, inolvidable, detrás de la que correrán todos sin poderse escapar a su hechizo de viuda joven empalidecida por el dolor y refinada por el misterio.

Francesca Bettrini, sin embargo, no es esa sombra vaga y fantástica que parece. Es una mujer alegre, sonriente, que yo conocí cuando empezaba su carrera artística en Roma, donde se distinguía más por su belleza que por su arte. Los poetas italianos, perturbados por esa cosa ágil y cimbrante que hay en ella, la llamaban «*madonnine diaboliche*» y todos aspiraban un poco a morir por ella.

No se conocen de ella anécdotas portentosas, y se piensa que debiera estar mezclada realmente a los terribles y violentos dramas pasionales y sangrientas historias de las películas. Parece que deberían llegar a los mares Tirreno y Adriático los yates más espléndidos, trayendo a los grandes señores ansiosos de conocerla; y sin embargo, la Bertini está lejos de esto. Es una mujer sonriente, elegante, que en sus ciudades italianas es como la encarnación de un mármol más pulido que otros mármoles, con esa delicada belleza italiana, con esos rasgos de ensueño que hay en casi todas sus mujeres. Mujeres que indudablemente han tenido una influencia importantísima en sus Leonardos y en sus Donatellos.

La Bertini tendrá anécdotas; pero las anécdotas de la Ber-

tini serán alegres, pacíficas, porque su belleza y su buena fortuna aseguran su posición.

Hoy la Bertini trabaja incesantemente; la última carta suya que he recibido tiene algo de desaliento y deja ver en su rostro algo de ese vencimiento de dolor que hay en los retratos que me dedica con una letra cuyos rasgos recuerdan los de Lyda Borelli, la otra bella mártir del dolor escénico. Es que la Bertini necesita sostener la expresión de angustia en su rostro durante largas sesiones, que a veces duran todo el día y luego le queda el surco imborrable de ese dolor, imitado con tanta insistencia, y el cual no puede arrastrar consigo la vaselina con que de noche se quita el «ford» de su rostro.

Ella se ofrece en sus películas que es como si se ofreciese multiplicada, haciendo un esfuerzo imposible, para que se celebren funciones con cuyo importe se alivie la suerte de los heridos, de las viudas y de los huérfanos. Una de estas funciones, dada en Roma, ha tenido el interés de que asista a ella la Bertini.

El público ha podido comprobar la realidad, ver el relieve y la vida de la mujer que se le presenta como algo irreal, como un enigma a la par próximo y lejano.

Ella, después de contemplar en la sombra de la sala, su rara duplicidad, su desdoblamiento, de verse como ajena a sí misma, se ha visto aplaudida de modo delirante. Los periódicos dicen que la Bertini «saludó con lágrimas en los ojos» a ese público conmovedor, comprometido en la guerra, que acudía al llamamiento de su caridad, y que tal vez no aplaudía lo que quedaba en ella, sino toda el alma que había dado aquellas otras mujeres que vivían su vida, ya desprendidas de ella en la progresión del cinematógrafo.»

EPILOGO



Salve a Tí, mujer excelsa que has orientado la cinematografía por los derroteros de un arte exquisito todo verdad, todo vida, todo pasión.

Que una tarde, cuando la luz se marcha y el espíritu recogido siente más hondas todas las emociones, supiste con el milagro de tu estilo supremo y de tu belleza de princesa triste, hacerme sentir, frente a la pantalla, el escalofrío de la tragedia en que se crispaban tus dedos pulidos, llenos de sortijas.

Para la palidez de lirio de tu cara, para el livor angustiado de tus ojeras, para tu boca que sabe de la lumbre de los besos de amor, del estremecimiento de los besos de odio, y del frío de los besos en las frentes de las madres muertas; para tu cuerpo que

tiene perfecciones de estatua helena y que nos da a las veces la sensación quebradiza del cristal; para Tí, oh Reina, oh Diosa, son todas mis devociones; y para Tí he querido trazar, por ser el primero, las cuartillas con que se han compuesto las páginas de este libro.

De este libro que es como un sincero tributo de justicia y de admiración a tu belleza y a tu arte, que encarnan todo el arte y toda la belleza de tu gloriosa patria Italia la inmortal.

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	<i>España y Portugal:</i>	18 ptas.-	<i>Extranjero:</i>	25 ptas.
• semestral	•	9	•	12'50
• trimestral	•	4'50	•	6,25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

El próximo cuaderno

estará dedicado a CHARLIE CHAPLIN

CHARLOT

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Su arte : Sus amores : Su boda : Su divorcio
La tristeza del Rey de la Risa

Ilustrado con profusión de retratos inéditos de CHARLOT ARTISTA
y CHARLOT EN LA INTIMIDAD



Editorial Catalana, Mallorca, 257-259